

EL SÍNDROME “GARCÍA”

Mi relato comienza cuando mi familia cambió de ciudad de residencia. Yo tenía entonces diez años y esto supuso innumerables cambios en mi vida: una casa nueva, un colegio distinto, unos amigos diferentes... Los primeros meses todo iba de maravilla, era “El Nuevo”, y esto me adjudicaba un protagonismo de lo más agradable. El problema surgió cuando, de la noche a la mañana, sin previo aviso, me convertí en la diana de todas las humillaciones y golpes de Jaime Purrela.

Jaime Purrela era un chico muy “travieso” según sus padres y no necesitaba motivos concretos para elegir como puchinball a un compañero o a otro. Me tocó a mí. Comenzó a incordiar-me a diario. Me sometió al hoy denominado “bullying” que, por aquel entonces no tenía nombre y, por tanto, tampoco debía tener importancia. Al principio se trataba de molestarme verbalmente, luego..., que si se le escapaba una colleja o una zancadilla y rápidamente me convertí en su principal saco de entrenamiento.

Consiguió amargarme durante todo el curso sin que yo hiciese nada por defenderme físicamente y es que, ya por entonces, sentía repulsa hacia cualquier tipo de violencia.

Mis padres y profesores no sabían lo que sucedía, tampoco es que yo lo contase; pero un día tuve la enorme suerte de que en uno de los desvaríos de este chico tan “simpático” recibí un puñetazo que me partió el labio. Digo lo de tener suerte sin ironía, ya que sangraba tanto que a mi profesor no le quedó más remedio que llevarme al despacho del director y dar parte a los padres de ambos.

Es curioso cómo este golpe, que para mí no fue ni de lejos el más doloroso, hizo que se tomaran algunas medidas en mi defensa: a partir de ese momento Jaime tuvo que agudizar su ingenio para molestarme sin testigos.

Una mañana, para ser exactos, la del día 11 de marzo de 2004, mi madre entró en mi habitación para despertarme igual que lo hacía siempre. Aquel día algo raro pasaba porque noté que sus ojos tenían aspecto de haber llorado. Me explicó que había habido un atentado en Atocha y que no se sabía muy bien lo ocurrido, pero que había muchas víctimas. Mi padre viajaba esa mañana hacia Madrid por motivos de trabajo, pero mi madre había podido hablar por teléfono con él y sabía que estaba bien.

Cuando llegué a clase, la profesora también nos habló de lo sucedido y yo expliqué en voz alta que mi padre se dirigía a Madrid y que habían detenido su AVE en Guadalajara. A Jaime Purrela le faltó tiempo

para mirarme con verdadero odio y decirme: “¡Ojala le hubieran matado!” Es curioso cómo, precisamente, ése fue el golpe de Jaime que más me dolió.

Jaime Purrela pasó a la historia, por lo menos de mi vida, pero siempre que he recordado aquel incidente, he vuelto a sentir el mismo dolor, incredulidad e impotencia que me produjo en aquel momento. Si el mero deseo malvado de un crío inconsciente me causó tanto daño... ¿Qué es lo que sentirían las víctimas y los familiares de áquel y de otros atentados?

Evidentemente es una pregunta retórica, porque no creo que nadie sea capaz de explicar qué se puede sentir en tal situación.

La cuestión es que todos nos sentimos solidarios con ellos, pero quizá pensamos que han tenido mala suerte y, de alguna forma, no somos conscientes de que esto le puede suceder a cualquiera... ¡A CUALQUIERA!

El tiempo ha ido pasando, y lejos de curtir mi corazón, cada vez me siento más sensible hacia el dolor de mis semejantes. Cada vez que percibo el sufrimiento de un ser humano, una violación de los Derechos Humanos o cualquier tipo de injusticia; me pongo literalmente malo. Tanto es así, que se puede considerar una auténtica enfermedad. Lo he denominado Síndrome de Intolerancia a la Injusticia o, para abreviar, “Síndrome García”, y es que, al igual que hacen los científicos, me he permitido ponerle mi apellido por ser la primera persona en describirlo.

Como todo Síndrome tiene sus síntomas y éstos consisten en profundo malestar general, urticaria interior, dificultad respiratoria y una

sensación de estrangulamiento en el estómago que hace muy difícil ahogar un monstruoso grito.

Pero lo más interesante es que este Síndrome tiene tratamiento y, si no siempre es curativo, sí que tiene un enorme efecto paliativo: Consiste en HABLAR, DENUNCIAR, MANIFESTARSE, NO PERMANECER CALLADO ANTE LA INJUSTICIA.

Las pasadas Navidades, la madre de mi padre quiso celebrarlas de una forma muy especial. Invitó a todos sus hijos, con sus respectivas familias a un viaje a Tierra Santa. Mi abuela es muy religiosa y constituye un verdadero ejemplo de tolerancia: no todos sus hijos son practicantes, pero jamás le he oído ni un solo reproche. Creo que se ha gastado gran parte de sus ahorros, pero ver a todos sus descendientes juntos le ha compensado.

A mí me encantó la idea. Casi no veo a mis primos ni a mis tíos porque viven en otra ciudad, y era la excusa perfecta para convivir unos cuantos días.

Cuando llevábamos tres días en Israel surgió el conflicto en Gaza. ¡Es increíble que exista tanto odio entre humanos!

En una de las visitas a los múltiples Lugares Santos, mientras el resto de familiares entraban a escuchar una misa, mi primo Edu y yo nos “despistamos” fuera de la basílica. Estábamos mucho más intrigados por observar a un grupo de chicos que jugaban por allí, que por admirar las obras de arte de la iglesia.

Nos encontrábamos en una pequeña localidad en la zona palestina. Para llegar tuvimos que pasar la frontera y fuimos revisados por los guardias, como en muchas ocasiones durante nuestro viaje.

El muro continuaba por el pueblo. Seguimos a los chavales, yo calculo que un par de años más pequeños que nosotros, y vimos cómo se acercaban a una zona de matorrales. Tardamos poco en comprender qué pasaba: Tanto los chicos palestinos como los israelíes habían hecho un agujero en el bloque de cemento por el que se comunicaban e intercambiaban objetos. Pedían a gritos silenciosos ***una Ciudad sin Violencia***. Si unos chavales eran capaces de ver en el otro a un compañero, ajenos al conflicto que tantas vidas estaba segando... ¿No podrían los adultos aprender de ellos e intentar zanjar sus diferencias mediante el diálogo?

No importa cuál sea el motivo de la violencia. Siempre es injustificable. Es igual si los violentos intentan cubrir sus acciones alegando razones políticas, religiosas o con cualquier otra excusa. El resultado siempre es el mismo: Seres humanos que sufren y que se ven obligados a cambiar su vida, sin posibilidad de recuperarla jamás.

Afortunadamente, el “Síndrome García” está muy extendido. Espero que algún día termine siendo una epidemia de la que no se salve nadie. Actualmente somos cada vez más y más “Garcías” los que no creemos que la solución a los golpes sea devolverlos; pero que tampoco

estamos dispuestos a permanecer en silencio. Muy por el contrario, cada vez tenemos más necesidad de aplicar el tratamiento citado a nuestra creciente patología.

-FIN -

Autor: Cesidio García del Río

Edad: 15 años.

Curso: 4º ESO.

Profesor: D. Salvador Blasco Sanz

Centro escolar: IES "Jerónimo Zurita".

Dirección: Avda. Juan Carlos I, nº 9 – 50009 ZARAGOZA

Teléfono: 976 35 33 61